

---

## CASCADA DE REGLA.

---

Siguiendo el desarrollo de la Cordillera del Real y Pachuca, que se dirige al N. O., se presenta el Zumate, las Ventanas y multitud de rocas aisladas de caprichosa figura. Después, la Sierra de Zimapam, y otros colosos, que se pierden en el azul del horizonte, al unirse esta Cordillera con la Sierra Madre.

Al N. se ve un suelo distinto del que se admiró al Sur. Contémpense primero á la llanura del Grande, limitada al N. por la Barranca y al Sur por el río del Carmen, extenderse al N. O. hasta morir al pie de los montes del Zoquital. Después al hermoso valle de Huazcazaloya, donde serpentean caprichosamente los ríos que lo fecundan, y donde aparece la hacienda de San Miguel con sus elevadas chimeneas, y cercada por su poblado bosque; finalmente, la Sierra Alta que limita al horizonte por este rumbo. Al pie de la vertiente austral de esta enorme Sierra, se desarrolla la inmensa boca de la Barranca Grande, oscura y profunda, mostrando el terrible abismo que hace vacilar al que desee poner el pie sobre sus soberbias alturas.

Al Oriente está el espléndido valle de Tulancingo, donde relucen varias lagunas entre el hermoso verde de sus cultivados campos; en este valle aparecen multitud de pintorescas haciendas y las blancas torres de varios pueblos. Casi en el centro del Valle se agrupa la bella población de su nombre, iluminada por

el sol de México, que le da aquel tinte seductor de una ciudad oriental.

Cuando la vista se ha fatigado de admirar el horizonte, descendiendo al suelo encuentra un sorprendente fenómeno. Sobre los barrancos que hienden estas alturas, se levantan las peñas del Jacal y los Metlapiles, al N. de los Pelados; al N. E. las del Horcón y del Aguila, al Este los Peñascos de las Navajas, quedando al Sur y Oeste los referidos Pelados.

Todos estos grupos de rocas y cerros forman un anfiteatro colosal, cuyo diámetro puede estimarse en mil ó mil quinientos metros, y que muchos han considerado como el cráter de un volcán formidable.

La peña del *Jacal* aparece bajo la figura de una choza, distinguiéndose en su parte superior los dos planos inclinados reunidos por una arista, y que representan el techo. La base del Jacal es cuadrangular, y las paredes hacia el Norte y centro del anfiteatro, ostentan un grupo de columnas basálticas talladas en la roca, y cuya altura es de catorce á diez y seis metros.

Los *Metlapiles*, separados del Jacal por la cañada que da nacimiento al río de Izetla, se elevan verticalmente á una enorme altura; están cortados á pico hacia el Sur, en una longitud de cien á ciento cincuenta metros, y en toda ella presentan columnas basálticas de forma cilíndrica, las cuales tienen un diámetro menor en la parte superior é inferior, semejando al útil llamado *metlapile* que emplean las mujeres de nuestros indios para moler el maíz cocido. La altura de estas columnas puede calcularse en cuarenta ó cincuenta metros. Al Oriente de los Metlapiles se encuentran algunas rocas aisladas de varias formas; una de ellas está taladrada, ofreciendo una ventana ojival de cuatro á cinco metros de abertura.

El *Horcón* es una roca cuya altura no es menor de sesenta metros; su forma es cilíndrica; la mesa superior es de una grande anchura y está surcada por una rígora ó canal que le da la figura de la viga que nuestros hombres de campo llaman *horcón*. Esta roca ostenta también columnas basálticas de diversa forma y al-

tura. Algunos vecinos de Huazcalzaloja que se han atrevido á subir á la mesa, aseguran que su extensión es mayor que la de la plaza de aquella población; esto es, que su diámetro puede llegar á cien ó ciento veinte metros.

La peña del *Aguila* se encuentra al N. E., en el espacio que separa á los Metlapiles del Horcón, y un poco atrás de estas dos alturas.

La peña del Aguila presenta un grupo de rocas terminadas en punta, y cuya elevación es mayor que las del Jacal, los Metlapiles y el Horcón. Lo inaccesible de estos picos ha dado origen á su nombre, pues á la verdad sólo la reina del viento puede posarse orgullosa sobre estas rocas, que desafían la fuerza, el valor y genio del hombre.

Las *Navajas* al S. E. del Horcón y separadas de él por varias barrancas, se levantan sobre la orilla izquierda del río de Huayápam. Las Navajas son un grupo enorme de acantilados que ofrecen hacia el centro del anfiteatro las columnas basálticas que caracterizan á las peñas mencionadas.

Los *Pelados*, al Sur y Oeste, son unos altos cerros de aspecto diferente. Estos se encuentran cubiertos por los renuevos de multitud de ocotes, y en toda su extensión se halla la obsidiana en grandes cantidades. Al pie de sus faldas y en el origen del río de Huayápam se encuentra la girolita oculta entre la tierra vegetal.

Por lo dicho, puede imaginarse cuánta es la extraordinaria hermosura y grandeza de este anfiteatro, que en la mayor parte de su desarrollo ostenta grandes grupos de columnas basálticas cilíndricas y cuadrangulares. ¿Qué mano omnipotente esculpió en la dura roca estas columnas de colosales dimensiones? ¿O cómo fué que se formaron en el cataclismo que cambió el aspecto de aquel suelo? . . . . .

Debe notarse aún que siguiendo el Izatía río abajo, se hallan en ambos lados rocas aisladas de figuras caprichosas, y que á veces semejan estatuas gigantescas de veladas matronas, cuya forma, casi perfecta, parece haber salido del buril de un artista.

El *Bosque de San Miguel*, distante dos mil quinientos metros de Huazcalaloya, se encuentra al costado oriental de la hacienda del mismo nombre. Este bosque, propiedad de la casa Escandón, se halla hermoseedo por la fecunda naturaleza y por la mano del hombre. Es grato extraviarse entre las numerosas callejuelas que lo atraviesan en todas direcciones. Ahí se camina bajo el verde techo formado por copados fresnos; se aspira el suave aroma de fragantes flores, y la vista, limitada por todas partes, no puede penetrar la misteriosa obscuridad producida por la espesura de la maleza, por mil elegantes arbolitos y por el robusto tronco de los sauces. Las armonías de las aves canoras; el susurro de las hojas; el murmurio de las cascadas artificiales; el imponente silencio del agua, que violentamente corre por hondos canales, y el vivo placer que origina la contemplación de las galas de la naturaleza, despiertan en el corazón del hombre un violento horror á la corrompida sociedad, y un sentimiento desconocido de libertad individual, egoísta y salvaje.

En este bosque existen los abundantes manantiales de agua pura que va á mover las ruedas hidráulicas de San Miguel. Varias personas han calculado la cantidad de agua brotante; Burkart la fija en seis mil galones por minuto, ó sean 1249,2 pies cúbicos mexicanos, ó 270.79 metros cúbicos en el mismo tiempo.

El agua brota por cuatro ó cinco puntos diferentes. En torno del que produce mayor cantidad se ha construído un extenso baño, conocido generalmente con el nombre de *Ojo de agua*. Este semeja á la alberca de Chapultepec; pero es más poético y de mayores dimensiones, aunque de menor profundidad; ésta es de dos á cinco metros; su longitud es de ciento cincuenta metros y su anchura de ochenta. El *baño* situado en el centro del bosque, está oculto por éste en toda su extensión. Dan sombra á sus orillas los sauces y los fresnos, y las adornan los delgados tules y otras plantas acuáticas.

En uno de los ángulos del Ojo de agua aparece un hermoso senador ó *kiosko*, que termina por una glorieta de baile, tapizada por el verde musgo, y cuyo techo lo forman las espesas ramas de

los álamos. En el ángulo opuesto se halla otro baño, donde entre las uniones de las canteras del pavimento, surgen manantiales purísimos. A diez metros al Oriente, interrumpe el silencio del bosque la ruidosa cascada artificial hecha por el Sr. D. Juan Orozco, á quien mucho debe la belleza de este lugar.

En el baño flota una ligera góndola ó barquilla, que no pocas veces altera su tranquila superficie impulsada por femeniles manos. Finalmente, el baño está iluminado por los rayos del sol, que en dorados hilos penetran á través de los árboles.

La Cascada de Regla, distante mil metros de San Miguel, se encuentra en el río de Huazcalaloya, aumentado con las aguas de Izatla, Ojo de Agua, San Gerónimo y San José. Antes de la Cascada las aguas corren por un hondo cauce en medio de la llanura. Aquí se encuentran ya las columnas basálticas que se han visto en las Navajas; guardan aquí diversas inclinaciones y son de menor diámetro y longitud. Repentinamente el río se ahonda y ensancha, formando un vasto y profundo anfiteatro que parece hecho á propósito para mirar ampliamente la cascada. El anfiteatro se halla cercado en toda su extensión por altísimas columnas que se elevan verticalmente desde el fondo del río hasta el nivel del llano.

Contemplando este imponente espectáculo desde el cauce del río, el alma se sublima buscando ansiosa al autor de semejante prodigio. El ruido atronador de las aguas despeñándose con furia; el torbellino de blanca espuma que forman al caer sobre la dura roca; las altas y pesadas columnas desafiando al rayo aterrador y á las convulsiones del suelo, y que amenazan precipitarse violentas sobre la cabeza del observador, producen en éste eléctricos estremecimientos de temor ó de placer. El anfiteatro tiene en su mayor longitud doscientos treinta y cuatro metros; su anchura cerca de la Cascada es de ciento diez y seis metros, y la mayor en el centro, de doscientos doce.

La altura de las columnas al Poniente es de 25 y de 34 metros y cerca de la Cascada de 24. Al Oriente, las columnas cerca del salto, se elevan hasta 30 metros, y después varían entre

25 y 35 metros. La altura de la Cascada es de 6 á 7 metros. La forma general de las columnas basálticas es cuadrangular.

Es muy punible que los ingleses que administran la hacienda de Regla, desmintiendo el carácter de sus compatriotas, ardientes admiradores de todo lo grande, hace tiempo que están derribando las columnas del Oriente para utilizarlas por la dureza del basalto, dividiéndolas después en grandes fragmentos para que éstos sirvan de piedras voladoras en los arrastres ó tahonas.

Repito que las aguas de Regla corren hasta su confluencia con la Barranca, sobre un cauce obstruído por columnas basálticas de la misma especie de las de las Navajas y la Cascada: debo agregar que iguales columnas se encuentran en el borde austral de la Barranca, pero de dimensiones verdaderamente colosales.

¡Cuán vasto campo de estudio ofrecen al geólogo la cordillera y sus dos vertientes! Allí están la girolita y la obsidiana de los Pelados, los basaltos de las Navajas, de la Cascada y de la Barranca; las minas de ópalo del río de Izatla, la tierra roja arcillosa del Grande y otros raros fenómenos que le descubrirán importantes secretos, con los que se enriquecerá la ciencia y se honrará nuestra Patria!

(Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864, dirigida por el Ingeniero Ramón Alcaraz).

---

## PÁTZCUARO.

---

### SU LAGO.—RUINAS DE HIHUATZIO.

Pátzcuaro es una bella ciudad fundada por los españoles en los días de la conquista, habiendo sido antes un lugar de recreo para los reyes de Michoacán, en donde habitaban algunos sacerdotes y servidores de la casa real. Su nombre significa en el idioma tarasco "estar sobre un declive" y es esta en efecto la situación de la ciudad, disfrutándose desde algunos de sus paseos y de sus plazas la deliciosa vista de la laguna. Al O. se halla el encantador paseo conocido por los Balcones, desde donde los ojos pueden contemplar la grande y cristalina superficie del lago, los alegres caceríos de su contorno, las elevadas montañas que lo circundan, y las alegres islas que coronadas de casas, surgen del seno de las aguas. Enfrente del espectáculo se mira el pintoresco pueblo de Hihuatzio, ocultándose entre el verde ramaje de sus árboles frutales y reflejándose fantásticamente en la movible transparencia.

¿Queréis ir á ese jardín riberano? ¿Deseáis visitar sus majestuosas ruinas, escapadas como por milagro de la mano destructora del conquistador? Atravesad la ciudad, seguid por esa larga calzada que se extiende hacia el N., allí está el embarcadero. Tomad una de esas ligeras canoas que vuelan sobre las rizadas ondas del lago, tranquilo y apacible por la mañana. Es la hora á

propósito; el aire es perfumado y tibio, multitud de colibríes cruzan delante de vuestros ojos, como brillantes meteoros de aquel cielo azul y purísimo, las aves acuáticas abren camino á la embarcación, y vuestros remos van levantando una luminosa cascada de gotas diamantinas.

Seguid. A la derecha miráis ruinas de antiguos pueblos destruidos por la terrible peste que asoló al país en 1576 y que se ensañó tan crudamente contra los desgraciados indígenas. No hay en esa parte de la costa más que desolación y miseria, y los terrenos que antes se ostentaban ricamente cultivados, son hoy ciénagas.

Otro es por fortuna el espectáculo de la izquierda; en primer término veis levantarse de enmedio de las aguas una solitaria peña, que por haber sido objeto de veneración para los indios, fué el primer punto en que el sacerdote cristiano alzó una cruz, signo de redención para la humanidad, pero de servidumbre, y de tormentos para los naturales del país.

Más allá está el pueblo de Janicho, que tiene su caserío bañado por el agua, en la base de un pequeño cerro, que se desprende de ella; Jarácuaro sobre una llanura á flor de agua, con sus blancas casas como ánades y de sus cimiteros de maíz; y á lo lejos, en la ribera opuesta, Eronaricácaro, que como lo indica su nombre es la Atalaya del lago, descubriéndose desde allí las dos grandes ensenadas que lo forman; *Guecorio* con su elevado templo y sus limpias habitaciones, y *Tzentzenguaró*, en cuyas aguas está sepultada una misteriosa campana de piedra que se levantará un día para despertar con su sonido en el corazón del indio el santo amor de la patria, y encender en las montañas el fuego de la libertad.

Allí están los dos Pareo, Ichápitiro, Tómaro, Nocutzepo, Uricho y Puácuaro; pero no tenemos tiempo de consagrarles dos palabras, porque hemos llegado á las calles de Nihuatzio: multitud de hombres y mujeres entran á las canoas conduciendo sobre lechos de flores los frutos de su pequeña industria para el mercado de Pátzcuaro. Las jóvenes, hermosas generalmente,

acompañan hasta el embarcadero á las madres, volviéndose en seguida á sus casas para mantener con la lumbre del hogar el fuego sagrado, que podría extinguirse entre la corrupción de la ciudad.

Desde la orilla de la población, en donde las casas están mojas por el lago, el terreno comienza á elevarse en un suave declive. Sobre un terraplén que parece haber servido antes de base á un gran templo ó palacio, se halla situada la iglesia del pueblo; en su fachada se ve un jeroglífico compuesto de la figura de un *Coyote*, un ramo de flores, que entre los indios era señal de mando, una barca con seis remeros y un pescado. Acaso sea esto la fecha de la fundación de aquella capilla, ó lo que es más probable, indique el dominio que los de Hihuatzio tenían en la navegación y pesca de la laguna.

De la pequeña plaza se continúa subiendo hacia el Norte; se traspasan las últimas habitaciones, y practicando un camino de media legua por una ancha y ya destruída calzada, se llega al sitio donde están las ruinas.

Figúrese el lector un inmenso paralelogramo formado por una muralla de seis pies de altura, escalonada por uno y otro lado con graderías que se conservan aún en regular estado, y sobre la cual cómodamente podría un carruaje rodar. En la cabecera occidental de este recinto, que mide 375 varas por lado, se levantan dos pirámides truncadas, á muy corta distancia una de la otra, perfectamente iguales, y cuya elevación es de treinta pies, sobre un amplio atrio que les sirve de base y que está curiosamente empedrado. Estos monumentos se hallan exactamente orientados, y ambos tienen una escalera espiral que daba acceso á la cúspide. Hoy está casi destruída, y los pies de los profanos han buscado otro camino más corto para subir. Desde su altura se domina un extenso paisaje, y es tal su posición, que los monumentos reciben diariamente el primero y último rayo del sol, que atraviesa por entre el puerto formado por dos pequeñas colinas situadas enfrente de aquellos. Declinando la vista hacia el Sureste se ofrecen en primer término, á doscientas varas fuera

de la muralla, otras tres pirámides, casi unidas, de igual forma, pero menos conservadas; y más lejos, como á trescientas varas, otra aislada, cuya cima es enteramente cónica. Están en la dirección de los puntos cardinales, y todas reposan en cimientos amplios y bien terraplenados, donde comienzan las escaleras espirales. Según los informes que he podido recoger, este último edificio estaba destinado para izar en él la bandera del rey de los tarascos, y los tres anteriores eran suntuosos mausoleos, tal vez los sepulcros de aquellos soberanos.

Pero llaman más la atención las dos pirámides encerradas en el recinto amurallado, por lo esbelto de su forma, por la pureza de su estilo, y porque desde luego puede notarse que era aquel el punto principal, el edificio más grandioso de la ciudad arruinada. Efectivamente, esos monumentos fueron sin duda los templos del Sol y de la Luna, los dos solos objetos á que daban culto los primitivos habitantes de Michoacán. Allí iban á tributar sus ofrendas á estas dos benéficas deidades, ó á ponerse bajo su amparo los guerreros que partían á la campaña, ó que volvían de ella cargados de despojos y cubiertos de gloria; y durante este acto solemne el pueblo ocupaba las graderías de la muralla. Los indígenas, que han perdido hasta los nombres de lo que se refiere á su historia, conservan aún el recuerdo de estas grandiosas solemnidades, y dan á aquel recinto el nombre de *Plaza de Armaro*, agregando á dos palabras castellanas una terminación tarasca.

Era Hihuatzio antiguamente una populosa ciudad, y puede considerársele como una parte de la de Tzintrumun, de la que estaba separada por la cresta del cerro que lleva el nombre de la última, y con la cual, sin embargo, se comunicaba por una primorosa calzada cubierta de árboles y con grandes peñas á los lados, colocadas de trecho en trecho, por cuyo motivo la llamaban *Queréndaro*. Había además dos caminos subterráneos que unían los templos y palacios de ambas ciudades; pero éstos no han podido descubrirse, ó porque los indígenas ignoran su existencia, ó porque, lo que es más seguro, ocultan misteriosamente las en-

tradas que conocieron y de que hacen referencia los cronistas de Michoacán. Es muy sensible que estos frailes franciscanos de la provincia de San Pedro y San Pablo se hayan ocupado más de indagar las relaciones que en su concepto existían entre la religión de los indios y la antigua de los judíos, y en referir apariciones y milagros, que en consignar con sano criterio las tradiciones del pueblo, ó en descifrar los jeroglíficos que tanto abundaban en el país.

Todavía se refiere entre aquellos naturales que cuando uno de los antiguos reyes procedía á la fundación de Hihuatzio, apareció un coyote en una colina inmediata y permaneció allí largo rato, á pesar de la gritería de los trabajadores y no obstante habersele arrojado algunas piedras. Por tal motivo, el soberano dió al lugar el nombre de ese cuadrúpedo.—Hoy el pueblo está reducido á poco más de mil habitantes y las casas estrechadas á la orilla del lago; pero aun se ven en los contornos de las pirámides restos de anchas calzadas y muchos montículos de piedras labradas, indicio claro del esplendor de otros días. En donde el recinto cercado apenas podía contener legiones de guerreros brillantemente ataviados, el labrador solitario é indiferente rompe el terreno con su arado, molestándose de encontrar á cada paso grandes piedras, tal vez monumentales, que estorban su trabajo: las murallas que antes se veían coronadas de pueblo, sirven hoy de cerca para acotar miserables sementeras. ¡Cuánta gloria desvanecida! ¡cuánto recuerdo glorioso condenado al olvido!

Después de contemplar esos monumentos, que por fuerza hacen impresión en la mente, el guía regresa al pueblo, pero os da una nueva sorpresa, conduciéndoos por un camino cubierto entre dos larguísimas murallas, que son ellas mismas otras tantas vías de comunicación. Al través de las yerbas y de los arbustos que brotan entre sus hendeduras, se ven pulidas lajas que las tapizaban. Esas murallas terminan en una explanada en la costa de la laguna, en uno de esos sitios que tan pintorescos son en sus

alrededores. El delicioso paraje conserva su nombre anterior á la conquista: se llama *Erónsperacuaro* y significa *Mirador*.

Allí solía el rey ir después de pasar revista á sus tropas en la plaza de Armas que hemos descrito, y la tradición refiere que él practicaba el camino de la derecha á la vez que la reina seguía el de la izquierda, tapizándose previamente el suelo con finas esteras de Phatrimu: <sup>1</sup> en pos de los soberanos marchaban sacerdotes y funcionarios de la corte, y el pueblo y los guerreros iban á los lados en el camino cubierto y en la parte exterior de las murallas.

El aire que se desata por las tardes embravece las olas del lago. Es fuerza darse prisa á volver; seis robustos remeros os aguardan, y serios é impasibles emprenden la maniobra alejándose de la ribera. Si os oyen hablar de su historia, aventurar algunas conjeturas sobre sus antigüedades ó vacilar en alguna opinión respecto de sus costumbres, jamás tomarán parte en la conversación, aunque comprendan el idioma. Si narráis los hechos gloriosos de sus antepasados ó la triste época de su servidumbre, ni el orgullo ni la tristeza alterarán uno solo de los rasgos de su fisonomía. Jamás he podido comprender si esto es ignorancia, reserva ó fría indiferencia, y sin embargo, el indio es comunicativo con los de su raza y da muestra de oportunidad y de talento en su lenguaje, que es elocuente, expresivo y sonoro y que sabe manejar con elegancia y facilidad.

Si lo poseéis, habladle de todo y oído; pero no le preguntéis nada de su historia, porque os responderá con un helado "no sé."

El sol trasmonta la elevada sierra bañando con sus últimos rayos la cresta de las olas; el crepúsculo despliega sus alas de gasa enfrente de vuestros ojos, dejando ver los pueblos de la orilla y los de las islas que desprenden blancas columnas de humo del techo de sus casas; cruzan por todos lados ligeras em-

<sup>1</sup> Una especie de tul.

barcaciones que regresan de la ciudad como parvadas de gaviotas que surcan el transparente lecho; y si en la mañana un sol de fuego hacía cintilar las gotas de rocío que se desprendían de los remos, ahora la noche viene, y sus tinieblas extienden un triste manto sobre la superficie del lago. Allí está Pátzcuaro; cada golpe de remo os hace ver más cerca sus elevados edificios, que se destacan del sombrío fondo como los fantasmas de la conquista velando sobre aquel rico panoramá en donde se han enseñoreado.

Habéis venido curiosos y llenos de ansiedad, y volvéis en brazos de una lánguida melancolía.

EDUARDO RUIZ.